

PUEBLO DEL MAL AMOR

PATRIMONIO UC

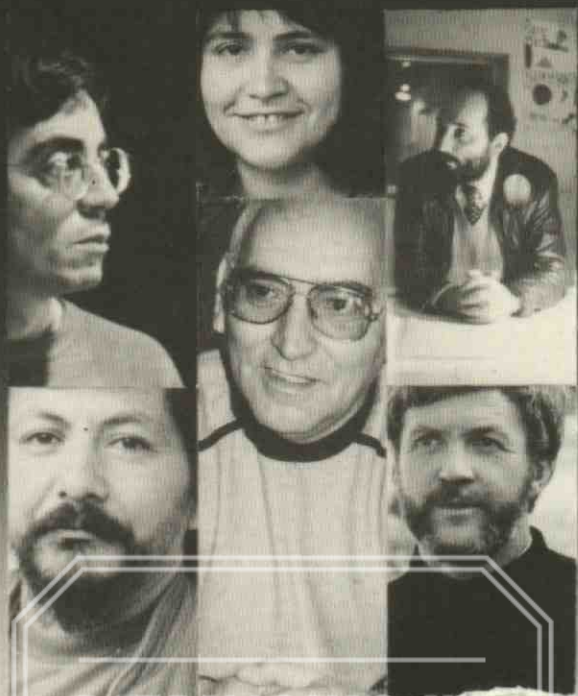
DE JUAN RADRIGAN

DIRECCIÓN:
RAUL OSORIO



TEATRO
Universidad Católica
Cristóbal Colón 11 - Plaza Vespucio

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE CONSEJO DE EXTENSION ARTISTICA-CEA ESCUELA DE TEATRO



PATRIMONIO UC

Juan Radrigán
Raúl Osorio
Mario Irrázaval
Montserrat Catalá
Ramón López
Patricio Solovera

BIBLIOTECA
ESCUELA DE TEATRO, CINE Y TELEVISION
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE



PATR

Hace mucho tiempo,
tanto que ya no lo recuerdo,

mi madre solía contarme cuentos.

De todos ellos hay uno que se me grabó con particular nitidez (y con un cierto espanto). Es uno que refería la historia de un apasionado buscador de la verdad, al que un amigo (¿o enemigo?) regalaba una piedra que le permitiría leer el pensamiento de la gente. El cuento es largo, pues relata el encuentro de este hombre con su familia, sus amigos y sus desconocidos; pero el final —lo recuerdo bien— no era nada alentador:

el apasionado buscador de la verdad terminaba convertido en el más sombrío de los ermitaños.

Existe una pregunta, de la que sospecho, no se ha librado nunca creador alguno en ninguna de las áreas del arte, pues parece estar incluida por decreto en todo foro, reportaje o panel; es aquella donde se interroga al artista sobre el "mensaje" de su obra.

Escribo en un presente signado por salvajes injusticias, que no puedo ni deseo eludir; pero ni esta, ni ninguna de las piezas de teatro que he escrito hasta la fecha contiene —al menos de modo consciente— mensaje alguno, pues no pretendo una discusión sobre mi visión personal del acontecer humano, sino un debate interior o de viva voz sobre éste. Con su sencilla labor de juntar colores, sonidos o palabras, el artista trata de retener un trozo de vida que, a su modo de ver, contenga los elementos necesarios para una reflexión sobre lo que sucede—nos sucede. Pedirle entonces mensajes (líneas de conducta), es exigirle todo hecho, desvirtuar su cometido. Y lo que es peor, es recurrir a la más socorrida de las fórmulas de evadir responsabilidades que existe.

Las herramientas de trabajo del artista son la angustia y la fraternidad, él nunca es ni un dios ni un dictador; pero personalmente, creo que es un vino que se muere de sed.

JUAN RADRIGAN

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
CONSEJO DE EXTENSION ARTISTICA-CEA ESCUELA DE TEATRO

PRESENTAN

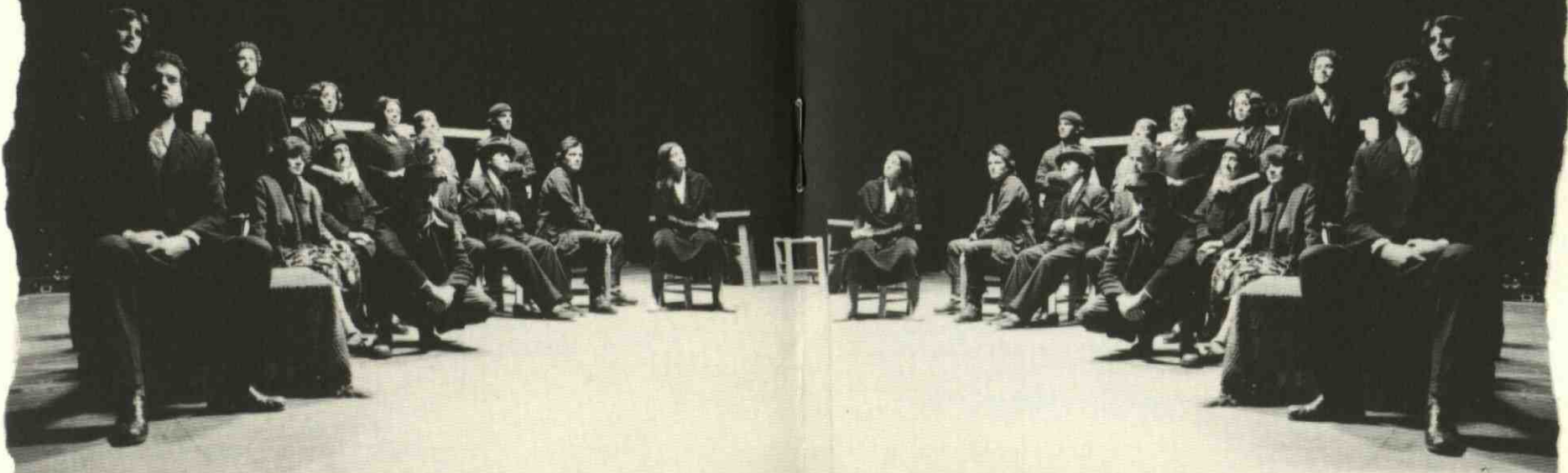
PUEBLO DEL MAL AMOR

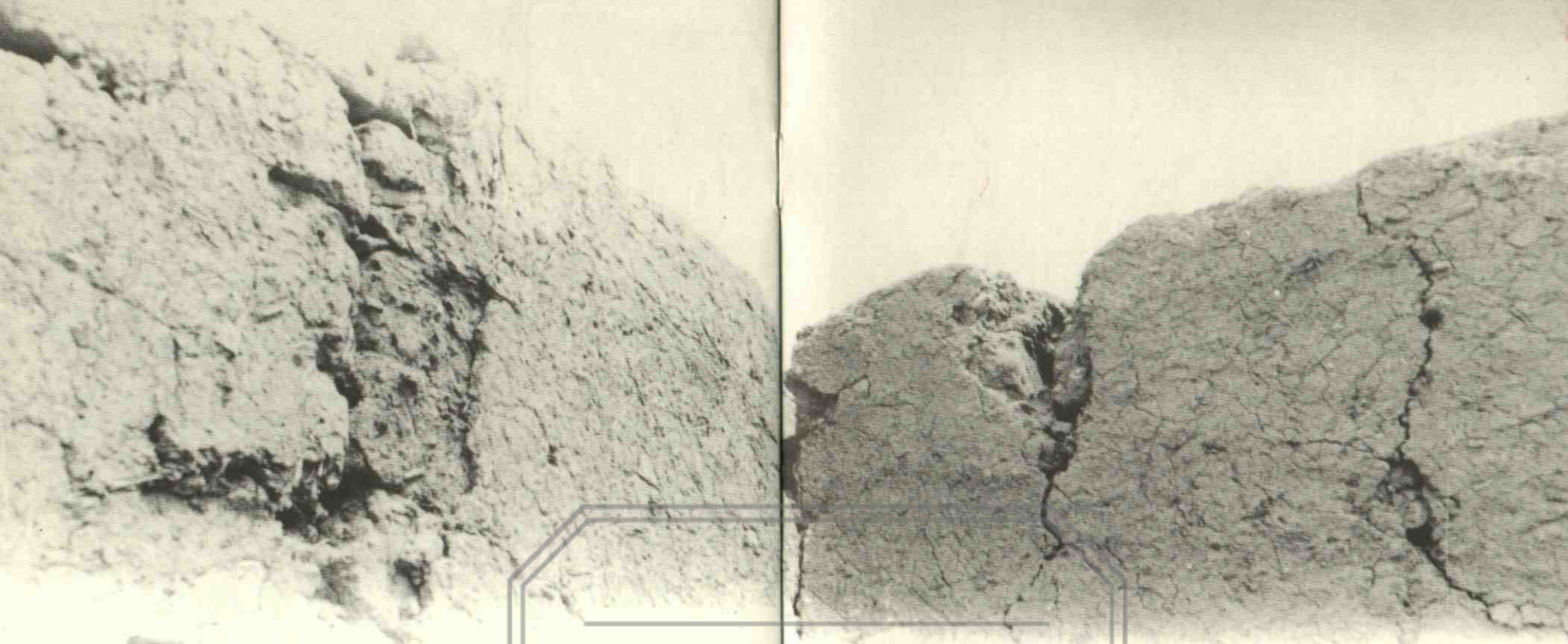
DE JUAN RADRIGAN

Dirección : Raúl Osorio
Escenografía : Mario Irrarrázaval
Vestuario : Monserrat Catalá
Iluminación : Ramón López
Música : Patricio Solovera
Dirección de Escena : Sergio Aravena
Sonido : Horacio Acuña
Taller Vestuario : Flaminia Contreras
Sergio Aravena
Jefe Electricista : Carlos Cabezas
Ayudante Electricista : Luis Alcaide
Tramoyistas : Bernardo Olivero
Nolberto Alvarez
Director Técnico : Ramón López
Administrador Sala : Roberto Loayza
Boletería : Carolina Daza
Diseño Afiche y Programa : Publicidad Universitaria
Producción : Guillermo Murúa

Remigio : Arnaldo Berríos
Luisa : Gabriela Medina
Eliana : Rebeca Ghigliotto
David : Samuel Villarroel
Arturo : Patricio Strahovsky
Inés : Mireya Vélis
Soledad : Brisolia Herrera
Rodolfo Bravo
Luis Gnecco
Juan Arévalo
Moisés : Juana Núñez (*)
Alberto : Felipe Castro (*)
María : Andrea Arroyave (*)
Javier : Santiago Ramírez (*)
Rosa : Carmen Ortíz (*)
Luis : Hernán Lacalle (*)
Elena : Lorene Prieto (*)
Julio :
Ana :

(*) Alumnos Escuela de Teatro U.C.





PATRIMONIO IJC

Estamos ante una historia de dolor colectivo vivida por un grupo de seres humanos después de haber sido arrojados del lugar donde tenían sus hogares. Se nos muestran en su largo peregrinaje en busca de una casa para habitar. Dicho en pocas palabras es una anécdota corta, un relato sencillo de la experiencia de un grupo de “erradicados” que fracasa por muchas razones y que finalmente destruye a quienes la viven.

La inutilidad de la violencia se hace evidente. Solo quedan entonces, flotando en el aire, los signos de la muerte. Moisés siente el absurdo de la fuerza bruta, se opone a ella, discute en su contra e intenta descubrir un sentido distinto a esa experiencia de peregrinación que tienen que vivir. No lo logra con los suyos.

Sin embargo, la obra es mucho más que esto. Trata en sus líneas verticales y latentes de cómo la vida de cada uno de esos seres se ve afectada y marcada por este hecho, dependiendo del estado interior en que se encuentran. Lo importante pasa a ser lo que ese grupo vivió, las

huellas que quedaron de ese éxodo, de ese viaje en búsqueda de un terreno. Lo anterior despierta en Moisés la nostalgia de proponer otro viaje con más esperanzas: el viaje hacia el interior de nosotros mismos, hacia la comprensión y el sentido final de esos hechos, hacia las raíces y la identidad profunda de los seres humanos. Solo el día en que la experiencia que este grupo vive –sus conflictos, sus problemas, sus dudas, su fracaso final– se entienda en sus múltiples dimensiones, cobrará toda su magnitud. El vivir un hecho por doloroso y trágico que sea, no sirve. Solo es útil si al evocarlo y entenderlo podemos integrarlo en nuestras vidas y así crecer en nuestro ser interior. Lo que importa en la búsqueda de la tierra para vivir es que ella otorgue espacios de identidad y de verdad. De lo contrario será un tránsito exitoso o fracasado, pero sin mayor sentido.

Esta identidad supone la comprensión de nuestras pérdidas y fracasos y su integración con mayor sabiduría a un proceso de vida. A un proceso de representación más amplio que

conecte los distintos aspectos dolorosos y felices, exitosos o fracasados, del hecho que nos toca vivir.

La obra se convierte así en una gran meditación acerca de los conflictos humanos, de la violencia, del abandono, de la soledad y del fracaso; pero en su dimensión artística esta meditación trasciende el hecho mismo significado y alcanza niveles de simbolización mayor. En ese sentido se convierte en una posibilidad de pregunta, de interrogante, de evocación emocional de hechos dispersos vividos por nosotros en distintas esferas. Revivencia iluminadora de palabras que quedan en los espectadores. Solo en esa medida surge la VIDA, solo en esa medida se puede evitar en algo el impulso ciego a la repetición cíclica de las fuerzas de la muerte. El impulso a la vida es PALABRA, en este caso palabra artística, el de la muerte hechos cerrados en su mera concreción.

El Pueblo del Mal Amor manifiesta este acontecimiento duro y doloroso en líneas lingüísticas de gran poesía y musicalidad, casi

como una cantata de sufrimiento grupal. De allí su teatralidad diferente, donde los conflictos y los personajes aparecen y desaparecen en las líneas temporales propias del recuerdo. Manera particular de narrar una historia –que tiene mucho de épica– como un gran hecho de conciencia.

Radrigan nos hace comprender que la búsqueda de un lugar para vivir, solo adquiere sentido si va acompañado de otra dimensión, la de encontrar dentro de nosotros esos lugares habitables, esos terrenos fértiles y espaciosos desde donde surgirán renovados nuestros sentimientos y nuestras ansias de vivir y convivir en el mundo.

Nos vincula con la búsqueda eterna de encontrar nuevos modos de existencia. Con la nostalgia profunda del corazón humano de ver... “un cielo nuevo y una tierra nueva”.

CONSUELO MOREL M.
Profesora Escuela de Teatro



PATRIMONIO UC

